

Giles MacDonogh

# Después del Reich

Crimen y castigo en la posguerra alemana



Galaxia Gutenberg

---

GILES MACDONOGH

Después del Reich

Crimen y castigo  
en la posguerra alemana

Traducción de  
José Luis Gil Arístu

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *After the Reich. From the Liberation  
of Vienna to the Berlin Airlift*

Traducción del inglés: José Luis Gil Aristu

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 2007 por John Murray (editor)  
una división de Hodder Headline

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición de la obra en Galaxia Gutenberg: 2010

Primera edición en este formato: febrero 2016

© Giles MacDonogh, 2007

Se le reconoce al autor el derecho moral de ser identificado por la autoría de esta obra

© de la traducción: José Luis Gil Aristu, 2010

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Depósito legal: B. 56-2016

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-35-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

Para Joseph Maximilian Cornelius MacDonogh,  
nacido el 8 de diciembre de 2002

*Absumet heres Caecuba dignior  
servata centum clavibus et mero  
tinget pavimentum superbo,  
pontificum potiore cenis.*

[Tus caldos de las viñas de Cécuba, guardados con cien llaves,  
los beberá con más merecimiento tu heredero,  
que tinará el suelo con un vino magnífico,  
mejor que el de las cenas de los pontífices.]

## Índice

<i>Prefacio</i> . . . . .	11
<i>Cronología</i> . . . . .	19
<i>Mapa de Europa central en 1945</i> . . . . .	22
 <i>Introducción</i> . . . . .	 25
 PRIMERA PARTE. El caos . . . . .	 55
1. La caída de Viena . . . . .	57
2. Tiempos violentos: un cuadro de la Europa central liberada en 1945. . . . .	87
3. Berlín . . . . .	159
4. Las expulsiones de Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia . . . . .	203
5. ¡Vuelta al Reich! Los territorios recuperados en el este prusiano . . . . .	257
 SEGUNDA PARTE. Las zonas de los Aliados . . . . .	 307
Prólogo . . . . .	309
6. La vida en la Zona Soviética. . . . .	311
7. La vida en la Zona Estadounidense . . . . .	349
8. La vida en la Zona Británica . . . . .	383
9. La vida en la Zona Francesa. . . . .	411
10. Zonas y sectores de Austria . . . . .	425
11. La vida en las cuatro zonas . . . . .	477

---

TERCERA PARTE. Crimen y castigo . . . . .	509
12. La culpa . . . . .	511
13. El mercado negro . . . . .	561
14. Dedos largos . . . . .	575
15. «¿Dónde están nuestros hombres?» . . . . .	591
16. Los juicios . . . . .	645
17. Los peces chicos . . . . .	679
CUARTA PARTE. El camino a la libertad . . . . .	705
18. Iniciativas de pacificación en Potsdam . . . . .	707
19. La gran helada . . . . .	743
20. El puente aéreo de Berlín y los comienzos de la recuperación económica . . . . .	773
<i>Conclusión</i> . . . . .	809
<i>Notas</i> . . . . .	817
<i>Bibliografía complementaria</i> . . . . .	909
<i>Siglas y abreviaturas</i> . . . . .	915
<i>Índice de ilustraciones</i> . . . . .	921
<i>Índice onomástico y temático</i> . . . . .	925

---

## Prefacio

Este libro trata de la experiencia de los alemanes en la derrota. Habla de la ocupación que se les impuso tras las criminales campañas de Adolf Hitler. En cierta medida, es un estudio sobre su resignación, sobre su aceptación de cualquier forma de indignidad, al ser conscientes de los grandes males perpetrados por el Estado nacionalsocialista. No todos los alemanes estuvieron, ni mucho menos, implicados en aquellos crímenes, pero al margen de unas pocas excepciones, reconocieron que su sufrimiento era un resultado inevitable de los mismos. No excuso los crímenes cometidos por los nazis, y tampoco dudo ni un momento del terrible deseo de venganza que suscitaron.

Para transmitir el clima del momento he intentado servirme, en la medida de lo posible, de relatos personales. En gran parte provienen de mujeres, lo cual se debe a una razón obvia: los hombres que quedaban no eran muchos. Quienes sobrevivieron se hallaban esparcidos en diversos lugares, desde campos de internamiento hasta minas soviéticas. El tema es tan amplio que he tenido que recurrir al trazo grueso. Algunos aspectos, como la Zona Estadounidense y los comienzos de la Guerra Fría, han sido muy bien tratados. Al fin y al cabo, aquel momento marcó el inicio del siglo de Estados Unidos y el final de su aislamiento. Hay otras partes del relato de las que apenas se ha hablado; por ejemplo, la ocupación francesa. Como mi deseo era ofrecer el estado de ánimo de la vida cotidiana de la época, he estructurado el libro en cuatro partes: la primera contempla el caos que siguió a la conclusión de la guerra en los territorios que eran entonces Alemania y la actitud punitiva de los Aliados; la segunda se centra

en la existencia diaria de alemanes y austriacos; la tercera examina el crimen y el castigo; y la cuarta presenta la cronología y documenta los principales acontecimientos políticos, desde Potsdam hasta la fundación de las dos repúblicas alemanas. El Tratado del Estado Austriaco cae fuera del ámbito del presente libro, pues no se firmó hasta 1955.

Mis «alemanes» son las personas de habla alemana establecidas masivamente en Europa central. He incluido, por tanto, Austria, que hasta su anexión en 1938 se autodenominaba «Austria Germana» y, luego, pasó a formar parte del gran Reich alemán. Menciono el Tirol meridional, en Italia, porque los austriacos lo consideraban parte de su territorio, así como otras comarcas satélite situadas, por ejemplo, en Yugoslavia. He examinado también las penalidades de los llamados alemanes «étnicos», la mayoría de los cuales fueron expulsados de Checoslovaquia, pero también de Hungría y Rumanía. En otras secciones se define «Alemania» por sus fronteras de 1937, y me he referido a ciudades y pueblos por los nombres con que entonces los conocían los alemanes. Siempre que me ha sido posible, he incluido también las denominaciones polacas o checas.

Aunque mi primera intención fue estudiar a las personas de habla alemana mientras sufrieron el castigo que les fue impuesto en su existencia terrenal, no tardé en apercibirme de que era imposible comprender lo que estaba ocurriendo sin referirme a lo que sucedía en el Olimpo del cuartel general del mando aliado y de las fuerzas políticas que lo respaldaban. Tuve que desplazarme de arriba abajo, y viceversa; me vi obligado a examinar el efecto de la ocupación sobre los alemanes, pero también hube de inspeccionar los pisos altos para observar qué hacían los moradores de aquel Olimpo y qué les reservaban. Por lo demás, he intentado centrarme siempre en los alemanes, no en los Aliados.

El libro es fruto de mi larga familiaridad tanto con Alemania como con Austria. Mi interés comenzó durante una breve estancia en Colonia cuando rondaba los quince años y con ocasión de un encuentro con uno de los dos novelistas alemanes cuyas obras han dado color al presente libro más



que ninguna otra. Era huésped de la familia Böll, y una tarde vino a tomar el té Heinrich Böll, el futuro premio Nobel. El escritor me inició en el consumo del Underberg, un licor amargo tremendamente potente, y todavía puedo sentir cómo su ola de fuego me subió del estómago a las mejillas. Discutimos sobre el republicanismo irlandés, del cual se mostraba partidario. No comencé a respetar sus libros y admirar el retrato del soldado que regresa, ofrecido en aquellos cuentos y novelas tempranos, hasta una época muy posterior.

Muchos años después conocí a Ernst Jünger a través de mi amigo el excéntrico hotelero Andreas Kleber, dueño ya entonces de su hotel familiar, el Kleber Post de Saulgau, en Württemberg (que, dicho sea de paso, fue uno de los primeros lugares de reunión del colectivo de autores y críticos conocido como Gruppe 47, entre cuyos objetivos estaba el de revitalizar la literatura alemana de posguerra). Una noche cené allí con Jünger y los dos hablamos para el ZDF, el segundo canal de la televisión alemana, sobre el significado de Prusia. Jünger era un autor de la generación anterior a Böll pero, a pesar de ser mayor que éste, le sobrevivió varias décadas. Cuando lo conocí tenía sólo noventa y siete años, y aún viviría otros seis. La conversación giró una vez más en torno a la bebida: la botella de Pommard que se tomaba todas las noches junto con su mujer (él bebía dos tercios, según me confesó) y su auténtico amor, el Châteauneuf-du-Pape.

Jünger adoptó un tono más grave cuando se quejó de no poder llevar su medalla Pour le Mérite, que ganó en la Gran Guerra cuando lo dieron por muerto en el campo de batalla. Creo que era el último militar superviviente poseedor de aquella distinción. Los Aliados prohibieron enseguida portar condecoraciones y la República Federal había seguido su ejemplo. La guerra no se podía conmemorar de manera oficial, y esto era válido también para los actos de heroísmo. Recordé el monumento a la Primera Guerra Mundial en el pequeño parque berlinés de Friedenau, donde había estado con unos amigos. La inscripción había sido eliminada con un cincel: aquellas cuestiones eran tabú en Alemania, mientras que en Gran Bretaña los monumentos bélicos seguían

ocupando el punto focal de cualquier ciudad o aldea. En Alemania ya no había héroes. Los alemanes habían perdido el derecho a tenerlos.

Algunos amigos míos, incluso historiadores con obra publicada, me han dicho a menudo que los alemanes «se merecían lo que tuvieron» en 1945; era un justo castigo por su comportamiento en los territorios ocupados y por el trato dado a los judíos en su propio país. Este libro no pretende excusar a los alemanes, pero no duda en poner en evidencia a los Aliados victoriosos por el modo en que trataron al enemigo en tiempos de paz, pues en la mayoría de los casos no se violó, mató de hambre, torturó o apaleó hasta la muerte a los criminales, sino a mujeres, niños y ancianos. Lo que documento y, a veces, cuestiono aquí es cómo algunos comandantes militares e, incluso, ministros de gobiernos permitieron a mucha gente tomar venganza; y el hecho de que, en muchas ocasiones, al ejercer su venganza, esa gente no mató a los culpables sino a inocentes. Los verdaderos asesinos murieron con demasiada frecuencia en la cama.

Si bien es cierto que algunos ancianos y un gran número de mujeres habían votado por Hitler, debemos recordar una vez más que éste no logró nunca un porcentaje de votos superior al 37,4 % en una elección libre, y que en la última descendió al 33,1 %.<sup>1</sup> Ello significa que, incluso en su momento de máxima popularidad, el 62,6 % del electorado alemán no se sintió motivado por su programa. En aquel momento Hitler no proponía, por supuesto, masacrar a los judíos europeos (un asunto sobre el que sólo se pronunció en público con oscuras alusiones cuya interpretación ha resultado más fácil a posteriori); tampoco mencionó su deseo de enfrentarse a la Rusia soviética y esclavizar a los eslavos; ni dio a entender que acabaría hundiendo el hogar alemán y matando a muchos de sus moradores. De haberlo hecho, tal vez, hubiese obtenido más votos, pero mi opinión es que no. Hacer responsables a todos los alemanes del Hitler relativamente dócil de 1933 equivale a aplicar el arma de la culpa colectiva manejada por los Aliados. La culpa colectiva responsabiliza a todos: mujeres, ancianos y niños, incluidos los recién naci-

dos; eran alemanes, y como tales, también se les podía masacrar o matar de hambre. De hecho, el propagandista ruso Iliá Ehrenburg exhortó al Ejército Rojo a no salvar «al niño en el vientre de su madre». <sup>2</sup>

Hubo muchos rusos, polacos y checos que no se avergonzaron de pensar de ese modo en los embriagadores días de la liberación. Algunos eran sólo quinceañeros cuando entraron a formar parte de las brigadas policiales organizadas al efecto y es posible que, aún hoy en día, sigan vivos y sanos; pero pienso que pocos de ellos admitirían los terribles actos de violencia que cometieron.

La inclusión de los niños en la culpa colectiva podría aceptarse en función de que iban a crecer hasta ser alemanes, y por tanto, posiblemente, nazis. A continuación tendríamos que determinar, claro está, cuál es la edad a la que un niño se hace alemán y se le pueden achacar los crímenes de su país. Es evidente que no sería a los veintiún años (cuando muchos ya habían ingresado en el ejército) o a los dieciocho (cuando es probable que hubiesen sido llamados a filas y formasen parte del grupo de los combatientes más valerosos e implacables) o a los dieciséis (cuando ya habían sido reclutados en unidades antiaéreas o, como Günter Grass, estaban a punto de ser obligados a ingresar en la SS [Schutzstaffel, escuadrón de defensa]) o incluso a una edad más temprana (en la batalla de Berlín se distinguieron muchachos de las Juventudes Hitlerianas de apenas doce años). En una sociedad adoctrinada, tal vez habría que imponer una línea divisoria para la culpa a los siete años, en cuyo caso deberíamos fijar una fecha en que los niños habían alcanzado dicha edad. Ese año, ¿fue 1933 o 1945, doce años después de la última elección libre?

Es evidente que el auténtico motivo por el que los Aliados impusieron la idea de culpa colectiva fue su utilidad para privar a los alemanes de derechos y de soberanía nacional. Una vez asumida su culpa, podían ser castigados. Quedarían a merced de los Aliados hasta que sus conquistadores hubiesen decidido qué hacer con ellos. Y, entretanto, no podrían protestar por el trato que se les daba.

Está también el asunto de la ley del talión, el «ojo por

ojo». Los angloamericanos evitaron exigir reparaciones porque sabían que, en ese caso, tendrían que pagar para dar de comer a los alemanes, mientras que, si les dejaban una base industrial, podrían alimentarse a sí mismos. La doctrina del castigo y la venganza inspirada en el ojo por ojo se remonta a tiempos muy remotos. Algunos alemanes con conciencia histórica podrían acusar a los franceses por la Guerra de los Treinta Años (que provocó un derramamiento de sangre de escala similar al de la Gran Guerra) o por las ambiciones territoriales de Luis XIV. Otros podrían recordar la invasión napoleónica de Alemania y la ocupación de Prusia. Es famosa la intransigencia de Bismarck en 1871, cuando los franceses pidieron clemencia y él les respondió diciendo que en su país no había un solo árbol que no mostrara las llagas de los años del dominio de Francia. Entonces era otro pie el que calzaba la bota de la opresión militar. En todas aquellas ocasiones se impusieron cesiones territoriales y hubo que pagar dolorosas reparaciones. Alguien tenía que decir basta. La cuestión, sin embargo, volvió a plantearse en Versalles en 1919 y se llegó a la misma paz punitiva. Tras la Segunda Guerra Mundial, una mayoría de personas sensatas comprendieron que un tratado de paz habría sido una farsa. Se dejó que «nuestra conciencia de la civilización» –en una alocución de Churchill– determinara cómo debía tratarse al enemigo.

La Alemania de la posguerra constituye un problema que me ha desazonado durante años, y en este momento resulta difícil saber qué personas me han ayudado a escribir el presente libro. Algunas, quizá la mayoría, ya están muertas. En mi mente destacan ciertos nombres; otros fueron a menudo individuos anónimos que conocí en mis viajes y se desahogaron mientras tomábamos un trago a horas avanzadas de la noche o un segundo vaso durante la comida.

En Londres, mis amigos Karl-Heinz y Angela Bohrer se mostraron perseverantes en el apoyo que me prestaron durante años. Karl-Heinz tuvo la amabilidad de concederme una larga entrevista sobre su niñez en la Alemania de la posguerra. Angela me entregó hace tiempo un ejemplar de las memorias de su madre, Charlotte von der Schulenburg, pu-

blicadas en edición privada. También aprendí mucho de los escritos de su tía Tisa von der Schulenburg y de mis encuentros con ella. Nick Jacobs, mi vecino de Kentish Town y dueño de la editorial Libris, especializada en temas alemanes, tuvo la amabilidad de prestarme libros y copiar para mí artículos de interés. En Oxford debo dar las gracias a Sudhir Hazareesingh; a Robert Gildea, por brindarme algunas sugerencias sobre lecturas referentes a la ocupación francesa de Alemania, y a Blair Worden, por explicarme el papel desempeñado por Hugh Trevor-Roper.

Alemania me ha proporcionado numerosos recuerdos y mucha ayuda, recibidos de mi amiga Ursula Heinzemann en Berlín, de Gertrud Loewe, y de Eva Raps en Wiesbaden. En las comarcas vinícolas, los viticultores me relataron sus experiencias de los primeros años de la posguerra. En Múnich, el difunto príncipe Franz von Sayn-Wittgenstein me envió sus memorias, publicadas en edición privada; la princesa Daria Fürstin von Thurn und Taxis me hizo llegar las de su tío Willy, no publicadas, y Christiane von Maasburg me dio permiso para citar su tesis de licenciatura sobre Nikolaus von Maasburg. Una amable señora de Hildesheim me narró detalles desgarradores sobre el recorrido que emprendió desde Pomerania cuando era una niña de seis años; el capitán Schmidt, de la policía de fronteras, me contó en Coburg historias no menos conmovedoras sobre su infancia en Silesia; un hombre anónimo de Malbork (Polonia) me informó brevemente de cómo eludió a las autoridades polacas después de la guerra; una mujer de etnia alemana de Opolne se ofreció a rezar por mí si le daba diez marcos; un antiguo policía de Danzig a quien conocí en Titisee-Neustadt me habló de su estancia en un campo de prisioneros norteamericano en Passau, cercado por la división francesa Charlemagne.

En cuanto a Viena, estoy enormemente agradecido sobre todo a mis amigos Christopher Wentworth-Stanley y Sebastian Cody. Christopher encontró para mí bibliografía acerca de Austria en la posguerra y leyó una parte del manuscrito, al igual que el embajador Erwin Matsch. Sebastian tuvo la amabilidad de leer y comentar varios capítulos. Johannes Pop-

per von Podhrazy me envió artículos del archivo de su difunto padre. El doctor Wolfgang Mueller me proporcionó una gran ayuda y una útil lista de libros. A orillas del lago Bled, Janez Fajfar me mostró el maravilloso mural del hotel que dirigió durante décadas, situado en el palacio en el que Tito y Stalin se pelearon en 1947. En Praga fui aconsejado por la doctora Anna Bryson, y en Sofía por mi viejo amigo el profesor Evgeni Dainov.

Agradezco también a todos aquellos que me donaron fotografías o me ayudaron a localizarlas: John Aycoth, en Washington; Sebastian Cody y Christopher Wentworth-Stanley, en Viena; lady Antonia Fraser, Livia Gollancz y Dennis Sewell, en Londres; Manfred Pranghofer y Rudi Müller del Museo Oberhaus, en Passau; Bob McCreery y Klaus Mohr, del Sudentendeutsches Archiv, en Múnich; Bengt von zur Mühlen, de Chronos Films, en Berlín; Eva Reinhold-Weisz, de la editorial Böhlau, en Viena; Elisabeth Ruge, de la editorial Berlin, en Berlín; Thomas Urban, del Herder Institut, en Marburgo; la señora C. Skinner, del Eton College, y Manfred Grieger y Ulrike Gutzmann, de la empresa Volkswagen en Viena.

Debo también mi agradecimiento al personal de la Biblioteca Británica y del Instituto Alemán de Historia. En John Murray, doy las gracias a mi editor Roland Philipps, a Caro Westmore y Rowan Yapp, a Douglas Matthews, por confeccionar para mí un índice de nuevo ejemplar, y a Peter James, cuyas preguntas me llevaron a releer mis libros una y otra vez.

Debo dar también las gracias a mi familia por su paciencia, en especial durante los últimos días, cuando mi cuerpo estaba sobrecargado de adrenalina y yo apenas era capaz de pensar o hablar de ninguna otra cosa.

GILES MACDONOGH  
*Londres, octubre de 2006*

---

## Cronología

1945

Febrero	Conferencia de Yalta
30 de marzo	Caída de Danzig
8 de abril	El Ejército Rojo entra en Viena
9 de abril	Caída de Königsberg
13 de abril	Capitulación de Viena
2 de mayo	Caída de Berlín
6 de mayo	Capitulación de Breslau
7 de mayo	Rendición de Alemania
23 de mayo	Detención del gobierno de Dönitz
5 de junio	División de Alemania en zonas
9 de julio	Fijación de las zonas de Austria
17 de julio-2 de agosto	Conferencia de Potsdam
22 de julio	Los Aliados occidentales se instalan en Viena
30 de julio	Primera reunión del Consejo de Control de los Aliados
15 de agosto	Fin de la Segunda Guerra Mundial
Septiembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
25 de noviembre	Elecciones generales en Austria
Diciembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Moscú

## 1946

5 de marzo	Discurso de Churchill sobre el telón de acero
Julio	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en París
Septiembre	Conferencia de Paz de París
6 de septiembre	Discurso pronunciado por Byrnes en Stuttgart
22 de octubre	Elecciones en Berlín
12 de diciembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Nueva York

## 1947

16 de enero	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
25 de febrero	La ley 46 del Consejo de Control decreta la abolición de Prusia
Marzo	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Moscú
Junio	Robert Schuman, presidente del gobierno francés. Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en París. Conferencia pronunciada por Marshall en Harvard
Noviembre	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
6-7 de diciembre	Se celebra en Berlín Este el Congreso del Pueblo para la Unidad



---

1948	
17 de marzo	Pacto de Bruselas y Golpe de Praga
17-18 de marzo	Segundo Congreso del Pueblo para la Unidad en Berlín Este
20 de marzo	Los rusos abandonan el Consejo de Control
31 de marzo-2 de abril	Pequeño bloqueo de Berlín
Abril-junio	Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores en Londres
7 de junio	Acuerdo de Londres
17 de junio	Los rusos abandonan la Kommandatura
24 de junio	Bloqueo de la autopista a Berlín
25 de junio	Introducción del marco alemán (D-Mark)
1 de julio	Berlín, aislada de Occidente
27 de julio	La Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de Londres acuerda crear el Estado de Alemania Occidental
9 de septiembre	Demostración ante el Reichstag en Berlín
1949	
11-12 de mayo	Reanudación del tráfico a Berlín

# EUROPA CENTRAL EN 1945





## Introducción

En los años 1945 y 1946 Alemania era un cúmulo de denunciantes, de traficantes de mercado negro, prisioneros, prófugos de la justicia y quejumbrosos incansables. Los Aliados declararon que los alemanes necesitaban ser tratados con vara de hierro. Fue una pura insensatez.

PRÍNCIPE FRANZ VON SAYN-WITTGENSTEIN,  
*Streifzüge durch die Landschaften meines Lebens*,  
edición privada, Múnich, 2000, p. 166

La guerra había sido el conflicto más sangriento conocido hasta entonces, en especial para la población civil. Hasta el 7 de mayo de 1945 habían perdido la vida –además de tres millones, aproximadamente, de soldados alemanes– 1.800.000, por lo menos, civiles de esa misma nacionalidad y se habían destruido 3.600.000 viviendas (el 20 % del total), con lo que 7.500.000 personas quedaron sin techo; y el derramamiento de sangre iba a prolongarse mucho más. Los alemanes expulsados de sus hogares ascendieron a 16.500.000, de los que 2.250.000 morirían durante las expulsiones efectuadas desde el sur y el este.<sup>1\*</sup>

Aquel momento recibió el nombre de *Stunde Null* («Hora cero»), aunque realmente no lo fue. Alemania estaba destrozada de arriba abajo, pero los recuerdos seguían siendo níti-

\* Gerhard Ziemer da una cifra de 2.280.000; Alfred de Zayas, de 2.211.000. Salvo indicación contraria, todas las notas son del autor.

dos; el país tenía un pasado, y había que evaluar y hacer inofensivas a un amplio grupo de personas que habían dado su apoyo al antiguo régimen. Lo cierto es que muchas de ellas habían sido transportadas, como Weimar, a un nuevo mundo posterior al nazismo.<sup>2</sup> Sencillamente, eran demasiadas, y la mayoría había perdido ya su fe en Hitler cuando sus ejércitos fueron derrotados en Stalingrado.

En mayo de 1945, el nacionalsocialismo estaba prácticamente muerto. Aparte de unos pocos ideólogos desesperados, tan inquietos por salvar la piel como por defender sus convicciones, la inmensa mayoría de los alemanes había llegado ya a la conclusión de que el nazismo se había basado en una terrible falacia. La derrota era un asunto importante pero, según señaló pocos años después del final del conflicto el dramaturgo Carl Zuckmayer, los alemanes –incluso quienes habían sido miembros de las Juventudes Hitlerianas y de la *Waffen-SS*– eran ya conscientes de la «bancarrotta moral» del país. Los alemanes derrotados sorprendieron a sus conquistadores por su docilidad. Casi no les opusieron resistencia. Hacían lo que se les decía. Y no hubo prácticamente indicio alguno de los prometidos *Werwölfe*, los «hombres lobo», guerrilleros nazis entrenados para luchar en territorio ocupado.

Los alemanes creyeron hasta cierto punto en la propaganda aliada: rusos, norteamericanos, británicos y franceses habían llegado para «liberarlos». Es posible que los Aliados liberasen a los alemanes de sus grilletes nacionalsocialistas, pero antes les hicieron muchas otras cosas. El novelista y psiquiatra Alfred Döblin recoge una conversación que mantuvo en la Selva Negra con una joven:

Recibimos a los Aliados con gran alegría –dijo a Döblin–, como libertadores. Y durante la primera semana todo nos hacía felices. Los Aliados tuvieron mucha suerte con nosotros. Luego, comenzaron a requisar habitaciones, hoteles, pisos; no podíamos llevarnos nada. Aquello nos desalentó.

Döblin le dijo que la guerra aún no había concluido. La muchacha le preguntó cuándo terminaría. Y Döblin le respondió:

Cuando se hayan demolido las ruinas y se hayan limpiado los escombros, y cuando se hayan construido nuevas casas donde todos puedan tener un hogar y salir de sus cobijos y cabañas. Cuando la economía haya despegado una vez más, cuando la política vuelva a ser estable. Señorita E., usted es joven. Vivirá para ver la paz. Más tarde, cuando contemple retrospectivamente este momento, se asombrará de haber sido tan joven como para creer que aquello era la paz.<sup>3</sup>

La derrota era lo que algunos alemanes estaban esperando: satisfacía sus esperanzas más ambicionadas. En su primera y oscura novela *Cruz sin amor*, escrita en los años inmediatamente posteriores a la derrota alemana, Heinrich Böll indaga en los sentimientos de Christoph Bachem, un antinazi que había luchado en el ejército desde el primer día. El hermano de Christoph había resultado herido de un disparo. Era un nazi que acaba arrepintiéndose y salva la vida a Christoph, cuyo mejor amigo ha pasado la guerra en un campo de concentración por culpa de su hermano. Christoph disfruta de una breve estancia con su esposa, Cornelia, antes de perderla para siempre tras desertar y huir al oeste. Christoph se entrega a pensamientos de un nihilismo extremo:

No –dijo en tono cansado–, no quiero nada más. Es horrible haber sido soldado en una guerra durante seis años deseando siempre la derrota; ver el hundimiento y saber, al mismo tiempo, que sea cual sea el poder que suceda a este Estado y arrebate la vida a su cadáver, será con mucha probabilidad igual de diabólico; el demonio es el dueño absoluto de este mundo, y un cambio de poderes constituye tan sólo un cambio de rango entre demonios; eso es lo que creo con certeza.\*

Bachem tampoco tiene fe en los Aliados. Según dice a Cornelia:

\* Böll basó en cierta medida la historia de su libro en su propia familia. Siendo un adolescente tuve el privilegio de conocer a sus dos hermanos. Uno se había disparado en el pie para evitar combatir en la guerra de Hitler.

¿Crees, entonces, que esa gente que está a punto de conquistar-nos con sus suelas de goma y su carne enlatada entenderá alguna vez lo que hemos sufrido? ¿Crees que entenderán qué sentimos cuando vemos llover sobre nosotros sus bombas y granadas mientras este Estado diabólico nos cubre, al mismo tiempo, de suciedad; qué significa ser aplastado entre esas dos piedras de molino? Sencillamente, no pueden haber sufrido tanto como nosotros, y desde la muerte de Cristo ha habido en el sufrimiento una jerarquía en la que nos llevaremos la palma sin que el mundo llegue nunca a saber o entender qué sentíamos.<sup>4</sup>

Es posible que los Aliados decidieran calificarse de «liberadores», pero llegaron acompañados por el odio. En el caso de los rusos, franceses, polacos y checos se trataba de algo comprensible. Ser ocupado es ser violado, aunque la ocupación no vaya unida a unas atrocidades continuas. Las atrocidades cometidas por la SS y la Wehrmacht en Polonia y Rusia fueron horribles, y tampoco faltaron en Francia y Checoslovaquia. Apenas sorprende que se produjeran actos de venganza. Cualquier hombre de la SS encontrado en el este se exponía a las torturas y la muerte más tremendas. Son cosas que podemos comprender, pero nunca aprobar, desde luego.

Cuando los soviéticos decidieron introducir su propia ideología a medida que avanzaban, los «polacos de Lublin»\* (amparados por Moscú, y no por Occidente) y los checos llevaron también a cabo «revoluciones» controladas. A los miembros de las clases medias y altas se les despojó de sus pertenencias de forma implacable. Sus hogares fueron embargados, y ellos mismos apresados, torturados y, en muchos casos, asesinados. En el este prusiano, la vieja nobleza terrateniente de los *Junker* fue barrida sin piedad.

Los franceses expulsaron el odio acumulado con unos pocos actos de espeluznante violencia. En el ejército británico, las muestras de brutalidad flagrante fueron comparativamente-

\* También llamado Comité polaco de Liberación Nacional o Comité de Lublin. Coordinaba los distintos grupos opositores y de la resistencia en territorio polaco frente al ocupante alemán. (*N. del E.*)

te excepcionales. Durante unos años, Alemania se convirtió en una colonia más, y el trato con los alemanes pasó a ser una carga echada sobre los hombros del hombre blanco cristiano. Todo volvía a ser como en la India. Los norteamericanos, sin embargo, lo vieron de manera distinta. Aunque tanto ellos como los británicos utilizaron películas y fotografías de los campos de concentración para animar a sus soldados a comportarse con dureza y castigar a los alemanes, aquella táctica tuvo, al parecer, más efecto en los soldados estadounidenses, que se tomaron su cometido con mayor seriedad. Hasta que los políticos decidieron que había que cortejar al pueblo alemán. Ahora debían ganar una guerra de relaciones públicas contra un nuevo enemigo: la Unión Soviética.

A excepción de los campos de la muerte de Polonia, que los alemanes habían clausurado y volado para entonces, los Aliados reutilizaron todos los campos de concentración más infames, junto con los de trabajo: los rusos, Auschwitz-Birkenau,<sup>5</sup> Sachsenhausen y Buchenwald; los norteamericanos, Dachau; y los británicos, Bergen-Belsen; por no mencionar el espeluznante Ebensee, en la región de Salzkammergut, donde los americanos retuvieron a 44.000 hombres de la SS. Ahora juzgamos estos hechos repugnantes, pero había razones lógicas obvias para utilizarlos, además de la comprensible tentación de «restregar las narices de los alemanes en su propia inmundicia». Europa central era un hervidero de «desplazados» carentes de hogar en proceso de reasentamiento tras la limpieza étnica. También se retuvo en campamentos a millones de prisioneros de guerra. En el este fueron enviados a destacamentos de trabajo y había que alojarlos. A algunos les esperaba una suerte más siniestra. También ellos debían ser puestos a buen recaudo hasta que se decidiera su destino.

El infortunio que padecieron los judíos horrorizó a británicos y norteamericanos y exacerbó su actitud para con la nación conquistada —en especial entre los segundos—, mientras que las autoridades soviéticas no le sacaron un gran partido. La autora anónima de *Una mujer en Berlín*, por ejemplo, se manifestaba sorprendida: «Ningún ruso me ha reprochado hasta ahora la persecución de los alemanes contra los judíos».<sup>6</sup>



Cuando los Aliados invadieron Alemania en la primera mitad de 1945, llegaron allí con objetivos y planes bélicos. Habían ido a la guerra porque las potencias del Eje les habían provocado. Ahora su deseo era aplastar Alemania y sus aliados.

Su esfuerzo por conseguir la victoria no tenía entre sus objetivos destruir ningún segmento de la población alemana ni un plan para salvar alguna parte de las víctimas de Alemania —ha escrito el historiador Raul Hilberg—. El castigo impuesto a los culpables en la posguerra se debió, en gran medida, a reflexiones posteriores. La liberación de los supervivientes fue casi por entero un subproducto de la victoria. Los Aliados podían armonizar con su esfuerzo de guerra todo tipo de denuncias contra los alemanes, pero no estaban dispuestos a desviarse de sus objetivos militares para liberar a los judíos. En este sentido, la destrucción de los judíos se presentó como un problema que los Aliados no fueron capaces de abordar con eficacia.<sup>7</sup>

Los Aliados necesitaban vencer antes de poder pensar siquiera en arreglar aquel desastre. El primer objetivo de la guerra consistía en imponer seguridad, algo en lo que el Tratado de Versalles de 1919 había fracasado de manera singular. Al principio fue sólo una cuestión británica. Cuando Churchill accedió al poder en 1940, el término «apaciguamiento» era ya una palabra sucia. El «vansittartismo», que consideraba a los alemanes una tribu de patanes incorregibles desde la época de Tácito hasta el presente, se había convertido en el pensamiento dominante en los círculos del gobierno. Aquella concepción fue desarrollada por el diplomático Robert Vansittart, quien durante una parte de la guerra se dedicó a emitir programas de radio en los que analizaba uno tras otro a distintos alemanes señalando cuán repugnantes eran todos ellos. El «vansittartismo» indujo a los historiadores a rastrear en los archivos nuevas pruebas de la profunda maldad de los alemanes. Y, hasta cierto punto, aún hoy día sigue latente.<sup>8</sup>

La primera directriz «vansittartiana» salida de Whitehall fue la de guardar un «absoluto silencio». El gobierno de Su Majestad no hablaría de los alemanes, al menos oficialmen-

te. Con el tiempo, aquel absoluto silencio dio paso a una «rendición sin condiciones». En esta ocasión no iba a haber paz negociada. La escuela opuesta era la del historiador E. H. Carr, quien pensaba que el único requisito para una Alemania civilizada consistía en hallar al hombre adecuado. En los primeros estudios dedicados a una Alemania de posguerra se habló de reparaciones: en virtud de ellas se despojaría a Alemania de los medios para hacer la guerra. La tarea de planear la ocupación fue encomendada desde el verano de 1943 a Clement Attlee, que llegaría a ser uno de los Tres Grandes de la Conferencia de Potsdam,<sup>9</sup> cuando los conservadores perdieron las elecciones de julio de 1945.

Los Aliados occidentales tendían a estar de acuerdo con lord Vansittart en que la Segunda Guerra Mundial había sido provocada en gran parte por quienes habían perpetrado la Primera, es decir, Prusia. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que aceptaron la idea de que el nazismo era un movimiento no prusiano. La Carta Atlántica del 14 de abril de 1941 tenía cierto regusto a los Catorce Puntos formulados veintitrés años antes por Woodrow Wilson. Fue redactada por Churchill y corregida por Roosevelt como expresión de los principios sobre los que debía basarse la paz. El presidente estadounidense añadió los pasajes en que se condenaba la guerra de agresión y exigió el desarme alemán.<sup>10</sup> A la Carta Atlántica le siguió la Declaración de Naciones Unidas, un acuerdo rubricado por veintiséis gobiernos el 1 de enero de 1942 con el fin de respaldar dicha Carta.

La primera reunión entre Churchill y Roosevelt para analizar los objetivos de guerra se celebró en Terranova en agosto de 1941. Churchill era más pragmático que Roosevelt; el dirigente estadounidense se mostró mucho más hostil con los alemanes. Había recibido parte de su educación en Alemania y, al regresar a su hogar, lo hizo con unas opiniones fuertemente antigermánicas. No mostró ningún deseo de reunirse con un miembro de la resistencia alemana que había ido a verlo al comienzo de la guerra.<sup>11</sup> Ambos dirigentes decidieron que, tras el éxito de la campaña, no habría anexiones y no se producirían cambios territoriales que no coincidieran con los deseos libremente expresados por los pueblos afectados. Los elevados

principios expresados en aquel momento constituyeron el fundamento de la Carta Atlántica, la *Pax Americana*. Se evitarían futuras guerras impidiendo a Alemania perturbar la paz. Alemania debía ser desmilitarizada, desnazificada y obligada a devolver los territorios que había arrebatado a sus vecinos.<sup>12</sup>

Los emigrantes alemanes y austriacos desempeñaron un importante cometido en la formación del pensamiento norteamericano a partir de 1941. Muchos de ellos trabajaban en la sección de Investigación y Análisis (R&A, en su sigla inglesa) de la Inteligencia Militar u Oficina de Servicios Estratégicos (Office of Strategic Services, OSS). Entre los más destacados se hallaban los historiadores Hajo Holborn y Felix Gilbert, los politólogos Otto Kirchheimer, John Herz y Franz Leopold Neumann, y el filósofo Herbert Marcuse. El más importante fue Franz Neumann, autor de *Behemoth: Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*. Neumann abogaba por una reconstrucción radical de Alemania para evitar que se repitieran situaciones como la llegada de Hitler al poder. Un pilar fundamental de su doctrina era la creación de una especie de Unión Europea. Una revolución social debía acabar con la Alemania tradicional.<sup>13</sup> Sólo se presentó una breve oportunidad de hacerlo, y fue cuando los Aliados occidentales intentaron ganarse a los judíos. Esta ocasión coincidió con la celebración de los primeros juicios de Núremberg. Tras la ruptura definitiva entre el Este y el Oeste, los Aliados –en particular los occidentales– se mostraron dispuestos a ocultar bajo la alfombra muchos de sus planes a fin de cortejar al nuevo aliado alemán y librarse de la ingrata tarea de censurar a sus habitantes por su comportamiento anterior.

En los designios de los Aliados había influido, no obstante, una bibliografía de extensión considerable salida de las plumas de los exiliados. Libros de Hermann Rauschning y Konrad Heiden, además de la obra de Sebastian Haffner *Alemania: Jekyll y Hyde*, instruyeron a los Aliados sobre cómo enfrentarse a la Alemania posterior al nazismo. Había que exterminar por completo el bacilo (por tomar prestado un término utilizado por los propios nazis). Haffner deseaba ver Alemania fragmentada en pequeños Estados, según una solución mucho más

extrema de lo que acabaría siendo la República Federal con la creación de regiones autónomas. Para los británicos, el enemigo seguía siendo Prusia. Churchill, por ejemplo, quería que los alemanes meridionales fueran tratados con más benignidad que los «prusianos» del norte: la tiranía nazi y el militarismo prusiano «debían ser destruidos por completo».<sup>14</sup>

En 1943, los Aliados sabían ya que iban a vencer. Stalingrado y el ulterior colapso de la ofensiva de Hitler contra Rusia lo habían dejado suficientemente claro. Los Aliados podían sentarse ahora a decidir qué iban a hacer con Alemania. El plan militar quedó plasmado en la Operación Eclipse. En el invierno de 1943, la Comisión Asesora Europea (European Advisory Commission, EAC, en sus siglas inglesas) se reunió para decidir cómo se administraría Alemania. El 18 de febrero de 1944 se celebró una nueva reunión, y para entonces el pastel se había repartido ya convenientemente: la Rusia soviética recibiría el 40 % de la masa territorial de Alemania, el 36 % de su población y el 33 % de su capacidad productiva. \* Gran Bretaña y Estados Unidos se quedaron con el resto. Berlín iba a ser dividida igualmente en tres partes.

Stalingrado generó entre los Aliados un nuevo estado de ánimo. Tanto los americanos como los británicos se mostraron entusiasmados con Stalin y con los grandes progresos que estaba realizando. Los estadounidenses se veían repartiéndose el mundo con la Unión Soviética y les inquietaba que los rusos no aprobaran su estrecha relación con los británicos y su imperio, algo ideológicamente inaceptable. A Churchill le preocupaba —y le seguiría preocupando tras la victoria— que los norteamericanos no se quedaran en Europa y lo dejaran a él frente a los rusos al otro lado de la divisoria ideológica.<sup>15</sup> En la Conferencia de Casablanca de enero de 1943, los Aliados decidieron que Alemania debía rendirse «sin condiciones». El 22 de febrero de 1944, Churchill explicó ante la Cámara de los Comunes el significado de aquella expresión. Los

\* En esta fase, la porción soviética incluía Alemania oriental en sus fronteras de 1937. Una gran parte de este territorio fue segregada más tarde y concedida a Polonia.

Aliados no mancillarían su «ejército victorioso con acciones inhumanas»: «La rendición incondicional significa que los vencedores tienen carta blanca. [...] Si algo nos constriñe es nuestra propia conciencia de la civilización».<sup>16</sup> Nadie tenía muy claro qué más quería decir aquello, pero fue algo que permitió a Churchill maniobrar con libertad.

El norteamericano que instó a aplicar el máximo castigo a los alemanes fue Henry Morgenthau, secretario del Tesoro de Roosevelt, aunque el texto de su plan fue redactado en gran parte por su ayudante Harry Dexter White.\* Morgenthau se sintió «afectado por las atrocidades cometidas contra la raza judía».<sup>17</sup> Defendía una «paz punitiva», lo que implicaba escindir el país en cuatro Estados de naturaleza casi totalmente agraria. Austria se seccionaría en dos. El secretario de Guerra Henry L. Stimson consideraba innecesariamente rigurosa esa idea de «pastoralización», pero «la actitud vindicativa del presidente mantuvo viva la propuesta del Tesoro». Roosevelt tenía un vivo interés en ver a Estados Unidos y Rusia gobernar juntos el mundo.<sup>18</sup>

Alemania debía ser reformada por las «cuatro D»: descentralización, desmilitarización, desnazificación y democracia. El Departamento de Asuntos Civiles del Ministerio de la Guerra de Estados Unidos era el responsable de la planificación para la posguerra. El Plan Morgenthau gustaba también al ejército, en tanto que fomentaba el tipo de caos que convenía a sus objetivos estratégicos; por lo tanto, fue un punto clave en la directiva JCS 1067 de la decisiva Junta de Jefes de Estado Mayor (Joint Chiefs of Staff; JCS) de Estados Unidos. Hubo momentos en que tanto Roosevelt como Churchill flirtearon con aquel plan draconiano. En agosto de 1944, Roosevelt había perdido la paciencia con los alemanes. «Hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho tiempo deberían tener sólo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar.» James Byrnes, por aquel entonces su se-

\* Se trata de una cuestión discutida. Michael Balfour sostiene que Morgenthau escribió el primer borrador: Michael Balfour y John Mair, *Four Power Control in Germany and Austria 1945-1946*, Oxford, 1956, p. 20, n. 3.

cretario de movilización, añadió: «Aquellas palabras no parecían del presidente Roosevelt. Estaba muy enfadado».<sup>19</sup>

Churchill le hacía el juego en esos momentos. Las ideas de Morgenthau tuvieron su máxima expresión en la actitud de Roosevelt durante la Conferencia de Quebec de agosto de 1943, cuando dio su aprobación a una aniquiladora «paz cartaginesa». Por aquel entonces, el presidente aparentaba que su único deseo era sostener a Gran Bretaña; «impe- dir que Gran Bretaña se hundiera en una completa bancarrota tras el final de la guerra». La cuenca del Ruhr daría al Reino Unido los medios para sobrevivir.<sup>20</sup>

En Teherán (del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943), Gran Bretaña accedió a un cambio en las fronteras polacas orientales. Más tarde, Churchill insistió con gran énfasis en que había procurado lo mejor para Polonia, pero el 27 de febrero de 1945 puso sus cartas al descubierto en la Cámara de los Comunes al ofrecer la ciudadanía británica a cualquier polaco que no deseara regresar a su país. Sabía que no iban a recuperar la libertad y ni siquiera la totalidad de su territorio. Roosevelt se mostró más cauteloso en aceptar la exigencia de Stalin de una ratificación del tratado firmado con Hitler: se acercaba un período de elecciones y había muchísimos norteamericanos de origen polaco que se opondrían a ello. Tampoco le entusiasmaba la idea de que Stalin se anexionara los Estados Bálticos.<sup>21</sup>

Roosevelt empezó a dar marcha atrás respecto al Plan Morgenthau después de la reunión de Quebec. Quien le acompañó a la Conferencia de Yalta del 5 al 11 de febrero de 1945 no fue Morgenthau sino el más desapasionado Byrnes. Para entonces, la idea de escindir Alemania en regiones autónomas no gozaba ya de tanta popularidad. Estados Unidos era partidario de un sistema federal. En la Conferencia de Teherán se había apostado por cinco fragmentos; cuando los líderes se reunieron en Moscú, quedaron reducidos a dos. A Harry Truman, vicepresidente y sucesor de Roosevelt, no le entusiasmaba, ni mucho menos, el Plan Morgenthau, que él tildó de «acto de venganza». «Mi meta es una Alemania unificada con un gobierno centralizado en Berlín.» Morgenthau se sintió personalmente bastante ofendido.<sup>22</sup>

Stalin era también partidario del Plan Morgenthau, pero las trabas que ponía a Occidente experimentaron varias modificaciones: en Teherán se mostró favorable a una Alemania dividida; en Yalta quería la unidad, pero manteniendo zonas aliadas de ocupación; en Potsdam abogó por una única entidad económica. Le atemorizaba que la bestia alemana volviera a alzarse y clamara venganza si no se acababa con ella de manera definitiva. Ansiaba también satisfacer a la opinión pública rusa concediéndole un «juicio final» en que los alemanes sintieran todo el peso de la furia de sus conquistadores. Occidente temía que su intención última fuera extender el comunismo hasta el Rin, o incluso hasta el Atlántico. Pero si iba a exportarlo a Europa central y occidental necesitaría apoyo sobre el terreno: el castigo de los alemanes no podía prolongarse demasiado, pues necesitaba tenerlos de su parte.<sup>23</sup> Stalin temía también a Occidente. Creía que Gran Bretaña y Estados Unidos planeaban una paz por separado con los alemanes y que se servirían del ejército alemán para atacarle. No se convenció de que Occidente no firmaría una paz por separado hasta que los norteamericanos libraron la sangrienta campaña de las Ardenas, que concluyó en enero de 1945.<sup>24</sup>

Francia no se había incorporado aún a la mesa principal y, de momento, las metas francesas eran sutilmente diferentes. Cuando la EAC se reunió en febrero, Francia seguía ocupada por los alemanes. Los franceses redactaron, no obstante, una lista de objetivos de guerra: rendición alemana, retirada de los territorios ocupados, destrucción de la Wehrmacht, ocupación de Alemania por los Aliados, castigo de los criminales de guerra y reparaciones a gran escala, consistentes en particular en carbón y coque.<sup>25</sup> Pocas novedades en comparación con las propuestas de Clemenceau en Versalles. La situación cambió ligeramente en el momento de la liberación. Ahora la principal preocupación de Francia era su reconocimiento como gran potencia. Y para ello se dio prisa en reclutar un ejército. Charles de Gaulle, su líder en el exilio durante los años de la guerra, deseaba apoderarse de cuanto pudiera mientras las circunstancias fuesen favorables.

Las intenciones de los soviéticos han sido objeto de pro-

longados debates, pues su evidente deseo de imponer el comunismo a todo el continente europeo fue el desencadenante de la Guerra Fría. Desde el final de la guerra se han examinado todas las pruebas documentales existentes; así lo ha hecho, entre otros, el experto en relaciones internacionales Vojtech Mastny. Sabemos, por ejemplo, que un equipo integrado por Maisky, Litvínov y Voroshílov redactó los planes oportunos. El viceministro de Asuntos Exteriores, Maisky, fue el responsable para Alemania y las reparaciones de guerra, mientras que Litvínov asumió los tratados de paz, y Voroshílov los planteamientos militares. Según Mastny, Stalin fue flexible y pragmático, y «procuró no pedir ni demasiado ni demasiado poco».<sup>26</sup> Aunque no hubo un plan general, sí se plantearon unos objetivos de guerra mínimos: Stalin quería mantener las fronteras occidentales de Rusia tal como las había fijado el pacto de 1939 que él mismo había rubricado con Hitler. Ello significaba quedarse con la parte de Polonia situada al este del río Bug, así como con los Estados Bálticos; Stalin no deseaba la reaparición de los pequeños bloques de poder que habían dominado la política de la zona oriental de Centroeuropa en la década de 1930. La Unión Soviética sería la única gran potencia militar en Europa continental —que incluía Francia e Italia—, una política que provocó fricciones con Tito, que ambicionaba ocupar ese estatus.

Stalin deseaba también la implantación de partidos comunistas fuertes en todos los países ocupados por sus ejércitos y ansiaba que dichos partidos desempeñaran funciones importantes y se mostraran activos. Por lo demás, no provocarían revoluciones ni seguirían el modelo soviético. Stalin explicó a Maurice Thorez, el dirigente comunista francés, que iba en busca de amigos. En lo que respecta a Alemania, Stalin se mostraba abierto en todas las cuestiones, excepto en lo referente a Polonia: quería compensar a los polacos con territorio alemán. También intentaba evitar que volviera a crearse una nueva «olla a presión» alemana cercado el país con vecinos hostiles. No obstante, no deseaba dar pábulo a unos deseos de venganza duraderos. Quería reparaciones y dijo a Maisky que se llevara de Alemania todo cuanto pudiese sin matar de



hambre a sus habitantes.<sup>27</sup> Era evidente que había que despojar también al país de su capacidad militar, pero a Stalin le resultaba indiferente la forma que adoptara su régimen: una democracia multipartidista o un partido comunista.

En sus relaciones con los Aliados occidentales, Stalin buscó una *Realpolitik* cooperativa que permitiera la reconstrucción de Alemania. Europa debía dividirse en dos bloques de intereses, controlados por la Unión Soviética y Gran Bretaña. Rusia ampliaría su esfera de influencia hasta incluir Suecia y Turquía, mientras que Gran Bretaña se haría con toda Europa occidental hasta el Rin, así como Grecia. En el centro quedaría una zona neutral compuesta por Alemania, Austria, Italia, Dinamarca y Noruega. Stalin explicó a los exiliados alemanes residentes en Moscú que se había opuesto a reordenar Alemania en varios Estados pequeños. De todos modos, deseaba explotar Europa central para su programa armamentista. El líder soviético no deseaba, indudablemente, la Guerra Fría, aunque su carácter desconfiado y hostil pudo haber contribuido a un empeoramiento de las relaciones. La Unión Soviética se consolidó en Europa oriental como respuesta al Plan Marshall, el programa norteamericano de ayuda económica lanzado en 1947.<sup>28</sup>

La reducción de Alemania a varios Estados fue otro proyecto que no llegó a cristalizar tras la Primera Guerra Mundial. Según hemos señalado, Haffner defendió la idea de la escisión de Alemania en unidades manejables. Los franceses ansiaban apoderarse de las regiones occidentales del país. El 12 de agosto de 1944, De Gaulle propuso una ocupación indefinida de Renania, expresando con ello unos criterios que habían ocupado un lugar preeminente entre las ambiciones francesas sobre Europa central desde la guerra de los Treinta Años. De Gaulle reiteró su determinación en enero de 1946: «Nos quedamos con el Rin».<sup>29</sup> No habría una vuelta a un Reich centralizado. Los rusos se mostraban menos entusiasmados con la idea de fragmentar Alemania y no les impresionaron los proyectos de De Gaulle para Renania, a pesar de que los franceses accedieron a sus caprichos defendiendo la cesión de las regiones alemanas al este del Óder a

los polacos y los rusos.<sup>30</sup> En octubre de 1944, De Gaulle reclamó para Francia una zona de ocupación propia. Pensaba conseguir Renania por las buenas o por las malas y exigió la comarca renana al norte de Alsacia, el Sarre y la orilla occidental del Rin hasta Colonia, así como el Palatinado, Baden y todos los territorios de Hesse. Los británicos le prometieron una parte de su zona.<sup>31</sup>

De Gaulle rechazó la propuesta de Morgenthau de «pastoralizar» Alemania. Pensaba que podría provocar una crisis económica; además, Francia necesitaba los productos de la industria alemana. También debía tener en cuenta el deseo francés de venganza. Una encuesta realizada a comienzos de 1945 mostró que el 76 % de los franceses deseaba la fragmentación de Alemania; el 59 % quería que se deportara a una parte de los alemanes; el 80 % apoyaba la propuesta del general Leclerc de fusilar a cinco alemanes por cada ataque contra miembros del ejército francés; dos tercios estaban a favor de anexionarse el Sarre; el 87 % pensaba que los soviéticos serían capaces de castigar debidamente a los alemanes, mientras que sólo el 9 % confiaba en los norteamericanos.<sup>32</sup> De Gaulle seguía lidiando a favor de sus propuestas de cambios masivos en la configuración de Alemania y, en caso de necesidad, del desplazamiento de enormes contingentes de alemanes. Silesia debía ser entregada a los polacos, mientras que Renania y Westfalia serían administradas por los Aliados. En un primer momento pensó que se podía desplazar a los quince millones de alemanes que vivían en este último territorio, pero luego decidió que el proyecto resultaría «demasiado grandioso».<sup>33</sup>

También estaba en juego una cuestión de imagen. Según lo expresó Georges Bidault, jefe de la organización de la resistencia, los franceses tenían que desempeñar un papel importante en la guerra tras la liberación, pues, de lo contrario, «los alemanes no los verían como conquistadores».<sup>34</sup> Por desgracia, los norteamericanos –y Roosevelt en particular– no estaban dispuestos a equipar al ejército francés para que cumpliera ese importante cometido. A finales de 1944, De Gaulle tendió su mano a Moscú. Stalin logró que, en contra-

partida por el tratado franco-soviético, De Gaulle reconociera a sus polacos de Lublin y no al gobierno en el exilio establecido en Londres.

Las zonas de los Aliados se ratificaron en Yalta en febrero de 1945. Francia quedó excluida una vez más. Rusia avanzaba a grandes pasos hacia la victoria bélica. Sus tropas se disponían a cruzar el Óder, mientras que los Aliados occidentales aún no habían atravesado el Rin. Churchill abogó porque se incluyera a los franceses entre las potencias vencedoras. Stalin accedió a regañadientes; no pensaba que hubiesen hecho todo lo posible y, además, en 1940 habían dejado entrar a los alemanes en su país. Francia tendría, quizás, una zona, «pero sólo como un favor, y no porque lo mereciera». <sup>35</sup> Roosevelt envió a París a Harry Hopkins, uno de sus asesores de mayor confianza, con el fin de dorar la píldora: <sup>36</sup> los franceses obtendrían una pequeña zona en el oeste extraída de las porciones británica y norteamericana. Se constituiría un Consejo Aliado de Control para tratar las cuestiones que afectarían a las cuatro zonas. El Consejo se reuniría en Berlín.

En abril de 1945, los Aliados occidentales se lo pensaron mejor. Los norteamericanos habían penetrado profundamente en Sajonia, que había sido asignada a los soviéticos, y los británicos se habían apoderado de una parte considerable de Mecklemburgo. Algunos esperaban que los Aliados occidentales siguieran avanzando, tomaran Berlín y atacaran a la Rusia soviética. Entre quienes abrigaban esas esperanzas se hallaban, sobre todo, el propio Hitler y su ministro de Propaganda, Goebbels. Pero lo cierto fue que los británicos y los norteamericanos no se volvieron contra su aliado ruso... posiblemente *porque* Hitler, Himmler y Goebbels se mostraban tan deseosos de que lo hicieran; no obstante, se aferraron durante un tiempo a su botín, y Churchill, en particular, se empeñó en utilizarlo para obtener a cambio garantías de los soviéticos acerca de sus adquisiciones territoriales. Harry Truman, el nuevo presidente de Estados Unidos –Roosevelt había fallecido en abril–, no estaba, sin embargo, dispuesto a escucharle y los rusos penetraron en Mecklemburgo y Sajonia sin otorgar garantías satisfactorias sobre las fronteras alemanas o el esta-

tuto de Berlín. Stalin se anduvo con rodeos cuanto pudo con el fin de desvalijar Berlín e instalar a sus aduladores en todos los puestos de poder que merecieran la pena.

Los franceses se sentían todavía inquietos por su situación oficial mientras sus tropas penetraban en Alemania con los angloamericanos. Ciento sesenta y cinco mil soldados en armas significaba una carencia de mano de obra en casa. Había que mandar alemanes a Francia para que trabajaran, tal como se había obligado a los franceses a bregar en Alemania. De Gaulle dijo que necesitaba dos millones de alemanes, aunque nunca los obtuvo. Seguía ansiando la anexión de Renania. Según manifestó en un tono patético Maurice Couve de Murville, miembro del gobierno provisional francés, «si no la obtenemos, habremos perdido la guerra».<sup>37</sup> La actitud de Francia provocó fricciones, sobre todo con los norteamericanos. Cuando las tropas francesas ocuparon Stuttgart—destinada a formar parte de la Zona Estadounidense como capital de Württemberg—, los norteamericanos les ordenaron salir. De Gaulle se negó aduciendo que se quedaría hasta que se concretaran las zonas. Los franceses estaban causando también problemas en el Levante, y en una acción aventurada contra los italianos (que habían tomado la Alta Saboya y Niza durante la guerra) ocuparon el Valle de Aosta, de habla francesa. La solución norteamericana consistió en ofrecerles algunos retazos de Baden y Württemberg, mientras ellos se reservaban la parte del león.<sup>38</sup> El 5 de junio, los Aliados occidentales entraron en Berlín en sus zonas y sectores, pero los soviéticos no reconocieron el Sector Francés de la ciudad hasta el 26 de julio, mientras los Tres Grandes deliberaban en Potsdam. Los franceses seguían reclamando una parte mayor de Baden y Württemberg. Se les había concedido a lo largo de la frontera occidental de Alemania un territorio de curiosa orografía con dos grandes protuberancias que sobresalían hacia el este. Fue conocido burlescamente con el nombre de «*the brassière*», «el sostén».\*

\* Se trataba del término angloamericano; en francés, *brassière* designa una prenda infantil y no tiene protuberancias.

Hubo otras naciones que anhelaban participar en la carrera para conseguir su porción de tarta cuando llegara la paz, principalmente los polacos y los checos. Sus esperanzas se cifraban en el tipo de cesiones y anexiones en forma de toma y daca, una práctica que se había convertido en un *modus operandi* propio del siglo xx. El proceso había comenzado con los movimientos de población de búlgaros y turcos en 1913. En aquella ocasión 50.000 personas cambiaron de territorio de forma voluntaria. En 1923, el intercambio entre griegos y turcos se caracterizó por una mayor acritud, y las cifras fueron más inquietantes: 400.000 turcos marcharon al este, y 1.300.000 griegos ocuparon su lugar en un territorio que se convertiría en una patria monorracial. En la primavera de 1943, Roosevelt dijo a Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores, que el desplazamiento de alemanes de Prusia oriental sería similar al de los turcos y los griegos. En 1945, Stalin pretendió que se revisara el Tratado de Riga de 1921, que había propiciado la creación de tres Estados Bálticos a partir de antiguos territorios rusos. La expulsión de los alemanes de las tierras situadas al este de los ríos Óder y Neisse se redujo a eso, y a que Roosevelt había estado siempre dispuesto a conceder a Stalin lo que deseara: la cooperación ruso-americana iba a convertirse en la «piedra angular del nuevo orden mundial». Gran Bretaña siguió sus pasos con la esperanza de conservar su condición de gran potencia.<sup>39</sup>

Stalin no estaba dispuesto a renunciar al territorio polaco situado al este del Bug. Con el cheque en blanco obtenido de los rusos en lo referente a sus fronteras occidentales, los polacos ansiaban resarcirse en la medida de lo posible obteniendo territorio alemán. La idea de avanzar hasta el Óder –y aún más allá– se remontaba a los pensadores que habían abogado por la recuperación de la Polonia de la legendaria dinastía Piast –que rigió los destinos del país hasta el siglo xiv–, Roman Dmowski y Jan-Ludwig Popławski.<sup>40</sup> La idea fue ganando atractivo a medida que Alemania penetraba de nuevo en Polonia. Prusia se identificaba con Hitler y, por tanto, debía ser recortada. Berlín se mencionó como el «escenario adecuado para exhibir la muerte de Prusia». <sup>41</sup> En Londres, Władisław

Pałucki comenzó a reclamar la línea Óder-Neisse ya en 1942. El hecho de que Stalin adoptara también esa idea en Yalta no debió de sorprender a nadie.

La frontera oriental de Polonia con la Unión Soviética planteaba un problema más peliagudo. En Yalta, Churchill y Roosevelt disintieron ligeramente acerca de la Línea Curzon, propuesta por vez primera en 1920 por el ministro británico de Asuntos Exteriores, lord Curzon. Roosevelt se mantuvo firme en su apoyo a Lvov, una ciudad predominantemente polaca. Churchill, en cambio, estaba dispuesto a entregarla a los rusos. En cuanto a las fronteras occidentales, Stalin expuso su opinión con suficiente claridad. Cuando los angloamericanos expresaron sus dudas sobre el tamaño de la población alemana que debía ser desalojada, se levantó y declaró con voz apasionada: «Prefiero que la guerra prosiga un poco más, aunque nos cueste sangre, y dar a Polonia compensaciones en el oeste a expensas de los alemanes. [...] Seguiré manteniendo –y pediré a todos mis amigos que me apoyen en ello– [que] estoy a favor de ampliar la frontera occidental polaca hasta el río Neisse». Fue entonces cuando Churchill pronunció la frase sobre la posibilidad de atiborrar la oca polaca hasta hacerla morir de indigestión. Se mencionó la cifra de seis millones de alemanes como el número de desplazados requerido. En privado, Churchill explicó a Byrnes que se acercaría más bien a nueve.<sup>42</sup> También habría que reasentar a algunos polacos de Lvov y de los territorios al este del Bug, aunque su población era mixta: los polacos residían en las ciudades y eran dueños de las fincas más extensas, situación que apenas se daba en Prusia oriental, Pomerania o Baja Silesia.

Edvard Beneš, jefe del gobierno checo en el exilio, había tardado cierto tiempo en recuperarse de la humillación de Múnich.\* Llevaba siete años en el exilio. Su plan consistió desde el primer momento en reducir el tamaño de las minorías en la joven república: los húngaros y los alemanes de Bo-

\* Alusión a los acuerdos de 1938 rubricados por Reino Unido, Francia, Italia y Alemania para solucionar la crisis de los Sudetes, y que perjudicaron los intereses de Checoslovaquia. (*N. del E.*)

hemia y Moravia. Los alemanes constituían el 23 % de la población de Checoslovaquia. Otra lección que había extraído de la violación infligida a su país era la necesidad de cooperar con los polacos (que se habían apoderado de la región de Teschen mientras los checos se hallaban postrados e indefensos) y de asegurarse el patrocinio de la Unión Soviética. Los polacos podían buscar acomodo en Freistadt (Fryštát), mientras que él expulsaría a dos tercios de los húngaros residentes en Eslovaquia. En cuanto a los alemanes, su «5.º Plan» preveía la cesión de algunas regiones fronterizas con población alemana en su inmensa mayoría. Ello le libraría de un tercio de sus alemanes; otra tercera parte sería expulsada. Beneš mantendría a los judíos, los demócratas y los socialistas.<sup>43</sup>

Más tarde se efectuó una adaptación de aquellos planes. Se redujeron los tres cantones que el dirigente checo estaba dispuesto a ceder a Alemania: Jägerndorf, Reichenberg y Karlsbad. El ajuste fronterizo le dejaría todavía ochocientos mil alemanes. Beneš concluyó que algunos huirían, otros serían expulsados y el resto sería objeto de un «desplazamiento organizado». Cuando llegó la paz, olvidó por completo la idea de perder territorio y, en realidad, reclamó tierras de Alemania, pero los Aliados no atendieron a sus demandas.<sup>44</sup> Beneš se había aferrado durante gran parte de la guerra a la idea de reducir el número de sus súbditos alemanes. Tenía el apoyo de los británicos. El 6 de julio de 1942, el gabinete de guerra dictaminó que los Acuerdos de Múnich no eran válidos y accedió en principio a la idea de un desplazamiento de las poblaciones alemanas de Europa central y suroriental al solar patrio alemán en aquellos casos en que se considerase «necesario y deseable». Diez meses después, Roosevelt acabó aceptando esta opinión, a pesar de que los planificadores militares norteamericanos pensaban que se podía realizar de forma más humanitaria transfiriendo seis pequeños territorios a Alemania. El 12 de diciembre de 1943, Stalin accedió también al desplazamiento después de que los ministros checos Jan Masaryk y Hubert Ripka hablaran con Bogomólov, el embajador soviético ante los regímenes en el exilio.<sup>45</sup>